

ANT-XIX-2133(17)

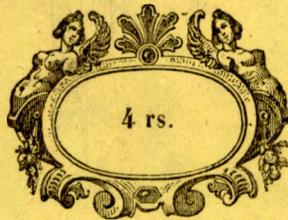
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



MADRID:

RIOS, MONIER.

CUESTA, PUBLICIDAD.

LIBRO TERCERO

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE DON JUAN DE VILLANUEVA

EN DOS TOMOS

EN LOS TEATROS DE LA CORTE



EN MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE LAS LEYES

R. 52865

LOS DOS AMORES.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA.

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

por

DON LUIS OLONA.



N.º 137.

MADRID—1851.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO, N.º 14.



LOS DOS AMORES.

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN PREGO.

REPRESENTADA EN EL TEATRO ESPAÑOL

EN

DON LUIS OLIVA.



MADRID—1881

IMPRESA Y CARRO DE G. GONZALEZ, CALLE DEL RUCIO, N.º 11.

ACTORES

PERSONAS

SRA. RITA
SR. GARCIA
SR. MORA
SR. FLORES

CAROLINA ALLARD
ANDRES BERNIER
ANTHO FARRER
FANXY

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título ó represente en algun teatro del reino ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de abril de 839, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

La escena para en Paris: en el primer acto en la casa de Carolina Allard: el segundo en la casa de Mr. Clero.

PERSONAS.**ACTORES.**

CAROLINA ALLARD.	SRA. RUIZ.
ANDRÉS BERNIER.	SR. GARCIA.
ARTURO FAUREL.	SR. MUÑOZ.
FANNY.	SRA. FLORES.
MR. CLÉRY.	SR. HERNANDEZ.
MME. MOIROT.	SRA. SAMPELAYO
ADELA, <i>hija de Cléry</i>	SRA. GARCIA. (D. ^a JOSEFA.)
LUISA, <i>doncella</i>	SRA. GARCIA. (D. ^a LUISA.)
UN CRIADO.	

La escena pasa en París; en el primer acto, en casa de Carolina Allard: el segundo, en la de Mr. Cléry.

AGTO PRIMERO.

El teatro representa una sala elegante; puerta al foro y laterales. A la izquierda, en primer término, una mesa; á la derecha un camapé.

ESCENA PRIMERA.

CAROLINA. UN CRIADO.

CAROLI. *(Al criado.)* No ha venido Mr. Arturo?

CRIADO. No, señora.

CAROLI. Ni ha escrito tampoco?

CRIADO. No señora. Aquí está el correo de hoy. *(Deja varias cartas sobre la mesa y se encamina hácia la puerta.)*
(Deteniéndose.) Ah! perdone usted, señora, se me olvidaba; ahí está el grom de la señorita Fanny.

CAROLI. *(Para sí.)* Otra vez...

CRIADO. La señorita Fanny piensa dar una vuelta en carruaje por el bosque de Bolonia, y envía á decir á usted si quiere que venga á buscarla.

CAROLI. No: dirá usted que dé las gracias á Fanny: me siento algo indispueta. *(Váse el criado.)* Desde el

triunfo que alcanzó en el último baile, me persigue sin cesar!... Y á la verdad, qué mal hay en ello?... no lo hace por bondad, por cariño?... Es tan ligera, tan aturdida!... su tono y sus maneras me incomodan... (*Cojiendo una carta.*) De quién es esta carta? (*Abriéndola.*) Cielos!... Andrés Bernier!... es posible!... (*Lee.*) «Mi querida Carolina. Es» pero que no se habrá usted olvidado enteramente de cierto primo que se crió á su lado, » y que se separó de usted hace seis años para ir » á buscar fortuna. Despues de mil aventuras que la » contaré á usted mas despacio, me encuentro en » París hace seis meses. He sabido en su antigua » casa la desgracia que ha tenido usted, la muerte » de su madre; pero me ha sido imposible averiguar donde vivia usted, hasta que ayer en la » esposicion de pinturas he visto su retrato, y allí » me han dado las señas de su nuevo domicilio. He » estado á ver á usted varias veces, y me han dicho » que había salido.»

«Como yo sé que en París es moda no estar » nunca en casa, he tomado el partido de anunciar » á usted mi visita. Espero que no se negará usted á » recibir á su compañero de infancia, que viene » tal como le conoció, y es siempre Andrés el marino; » que jamás ha sabido ponerse la corbata, ni saludar » á las señoras; pero que la quiere siempre y » se dejará matar gustoso por usted si es necesario.» » Bernier.»

El buen Andrés!... En París!... Ah! voy á decir que le reciban así que venga. (*Se dirije hácia el foro.*) Pero, qué ruido es ese?

ESCENA II.

CAROLINA. ANDRES. UN CRIADO.

ANDRES. (*Dentro.*) Anda y dile mi nombre...

CRIADO. Pero, caballero....

ANDRES. Anda, te digo...

CRROLI. Esta voz... es él...

ANDRES. (*Viéndola.*) Ah! (*Corren uno á otro.*)

CAROLI. Andrés...

ANDRES. (*Después de haberla abrazado con efusión.*) Carolina... Me permite usted que la dé un abrazo, no es esto?

CAROLI. Oh! sí, mi buen Andrés.

ANDRES. Entonces venga otro, (*La abraza.*) querida Carolina.

CAROLI. Es usted, en efecto, á quien vuelvo á ver á mi lado! Ah! no esperaba ya esa dicha.

ANDRES. Ni yo tampoco. (*La coge la mano.*) Así es que... mire usted .. solo el veros me ha... Ah! soy un mándria. (*Se enjuga los ojos.*)

CAROLI. Cuántas veces me he acordado de usted! Pero qué vida ha llevado usted? Qué ha sido de usted en estos seis años?... sin habernos escrito siquiera una vez.

ANDRES. No era fácil; las estafetas andan algo escasas entre los beduinos!

CAROLI. Qué está usted diciendo? entre beduinos! Pues no nos escribió usted, al embarcarse en Marsella, que el navío iba á Buenos-Aires?

ANDRES. Así nos dijo el capitán, pero yo no debía haberme fiado de él: era gascon... Sabe usted á dónde nos llevó el maldito?... A dar contra las rocas de la costa del Africa, en donde naufragamos.

CAROLI. Ay! Dios mio!... y allí les cogieron á ustedes?

ANDRES. Y nos llevaron al Atlas, donde he estado seis años cautivo, ocupado en dar muchas vueltas á un molino, como una mula vieja... lo cual es sobremanera humillante para un hombre civilizado... Agregue usted á eso, que tenía por amo á un morabito, el cual quería enseñarme el árabe bajo pretexto de que él no sabía francés, y que para conseguirlo había adoptado el método sencillo y espeditivo de sacudirme veinte palos por cada equivocación... Según parece, esa es la gramática del país, y yo he tardado tres años en aprenderla... siempre por el mismo método.

ANDRES. Pobre Andrés! Usted, que al marcharse se hacía tan bellas ilusiones!

ANDRES. Qué quiere usted?... la dicha es rara en la tierra, y por tanto no puede haberla para todos; pero cuando no se ha conocido, acaba uno por acostumbrarse á vivir sin ella, y eso es lo que me ha pasado á mí.

CAROLI. Siempre el mismo.

ANDRES. Además que haría mal en quejarme de mi cautiverio, porque tal vez le deberé á él mi fortuna.

CAROLI. Usted?

ANDRES. Sí; mi fuga de entre los árabes es una novela. A mi vuelta me he visto obligado á contar mis aventuras; los periódicos se han apoderado de ellas... y las han arreglado tan bien, que yo mismo no las conozco... He visto anunciado que el famoso *Andrés Bernier*, que habia pasado diez y ocho años entre las tribus del Atlas, acababa de llegar á París... Al principio me incomodé porque no queria que me tomasen por un charlatan: pero ha de saber usted que hace dos dias me enviaron á buscar de parte de un banquero... Mr. Durmont... Vóyme allá, y encuentro á varios individuos que tratan de plantear un grande establecimiento en Africa, y me piden noticias sobre aquello. Yo les conté lo que habia visto, y pareciéndoles sumamente curioso, me mandaron volver y acabaron por proporcionarme un empleo en su plantacion, ofreciéndome ventajas considerables: acepté, y héteme aqui dispuesto á emprender mi marcha dentro de breves dias para Argel.

CAROLI. Qué oigo! tan pronto!

ANDRES. Si por cierto... Y si he de decir todo lo que siento, no me pesa de ello; ahora, sobre todo, que he tenido el gusto de volver á ver á usted.

CAROLI. Qué dice usted?

ANDRES. No se acuerda usted ya por qué me marché antes?

CAROLI. (*Bajando los ojos.*) Ésperala que el tiempo y la ausencia le hubieran hecho á usted olvidar...

ANDRES. Yo tambien lo creía, pero ahora me he convencido de que no es así... Cuando me han dado las señas de su casa de usted, cuando me han dicho que se llamaba usted Mme. Armand, he sentido una gran opresion en el alma, y luego como un vahido; he tenido un momento impulsos de no venir.

CAROLI. (*Esclamando de pronto.*) Ah!

ANDRES. Hubiera hecho mal, pero ya ve usted que he venido; ahora solo tengo prisa de salir cuanto antes de París... Pero soy un necio, no hago mas que hablar de mí... Y usted, no tiene nada que contarme? Usted, á quien han sucedido tantas cosas desde que nos separamos!... tantas cosas desagradables y tristes!

CAROLI. Oh! si: la marcha de usted fué como la señal de todas las desgracias que hemos sufrido; á los pocos meses de haberse usted embarcado, ocurrió la quiebra que privó á madre de todo lo que poseíamos. Figúrese usted, Andrés, dos mujeres solas y sin

amparo alguno, reducidas á la última miseria cuando estaban acostumbradas á todas las comodidades... Mi madre, débil y achacosa hacia tiempo, no pudo soportar aquel cambio, enfermó de gravedad; los escasos recursos que nos quedaban, fueron en breve agotados!

ANDRES. Y nadie acudió en su auxilio?

CAROLI. Nadie, escepto una jóven que vivia en el mismo piso que nosotros...

ANDRES. Buena muchacha!

CAROLI. Desgraciadamente ella no podía dispensarnos mas que consuelos, porque era casi tan pobre como nosotros! Oh! amigo mio, nadie sabe lo que es la miseria en una enfermedad! Ver morir al ser que uno ama, y pensar que se le puede salvar con un poco de oro! Verse obligado á calcular lo que costará aliviarle de cada uno de los padecimientos que sufre!... Ah! es para volverse loca, Andrés!

ANDRES. Pobre Carolina! Ha sufrido usted todo eso, y durante mucho tiempo quizás?

CAROLI. Durante seis meses.

ANDRES. Y yo no estaba aquí para consolarla, para favorecer á ustedes!.. Bien mirado, de qué les hubiera servido? Yo solo hubiera podido partir mi suerte con usted, en vez de que ahora ha hallado usted un marido que la ha hecho rica, dichosa... Ahora no debe usted tener nada que desear... porque usted ama á su marido, no es verdad?... *(Carolina baja los ojos y parece desconcertada.)* Y bien? qué es eso? Teme usted que me aflija?... *(La toma la mano.)* No faltaba mas! no me basta á mí saber que en ese amor consiste el que usted sea dichosa?

CAROLI. Buen Andrés!

ANDRES. La advierto á usted que quiero ver á Mr. Armand antes de mi marcha.

CAROLI. *(Aparte.)* Cielos!

ANDRES. Quiero darle un buen apretón de manos y las gracias por haber hecho en obsequio de usted todo lo que yo hubiera deseado hacer... Está aquí?

CAROLI. No... ahora no.

ANDRES. Alguien viene... tal vez será él.

ESCENA III.

Dichos. FANNY.

- CAROLI. (Cielos! Fanny).
FANNY. Buenos días, Carolina... con que te niegas á venir á paseo! Estás mala, por ventura?
CAROLI. No me siento bien.
FANNY. (*Reparando en Andrés.*) Ah! Yo he venido á incomodar quizás?
CAROLI. De ningun modo. (*Presentando á Andrés.*) El señor es aquel compañero de infancia de quien tantas veces te he hablado, Mr. Andrés Bernier.
FANNY. Ah! (*Saluda y le echa el lente.*) Este caballero es marino, segun veo?
CAROLI. Y vá á dirigir el establecimiento que Mr. Durmont piensa fundar en Africa.
FANNY. Cómo! tambien usted quiere irse allá. Ah! tengo horror al Africa.
CAROLI. Y por qué?
FANNY. No te he dicho lo que le acaba de suceder á mi mejor amiga Eufrosina; ya la conoces, aquella muchachita bajita que bailaba conmigo la Varsoviana!
CAROLI. En efecto, recuerdo que se marchó á Argel.
FANNY. Sí, con uno de sus conocidos, el conde de San Valier, que se fué por curiosidad, segun decia, y con el pretexto de sacar puntos de vistas... Pues bien, sabes lo que el tal caballerito ha hecho?... ha desaparecido de la noche á la mañana, dejando á la pobre chica en medio de los beduinos.
ANDRES. Cómo!
FANNY. Eso es lo que se saca de tener una colonia tan cerca... No hay aguante!.. Deberiamos reunirnos todas las mujeres y pedir que suprimiesen á Argel.. Por mi parte no habia de quedar... casi todas mis amigas tienen relaciones en la cámara de diputados.
ANDRES. Quién será esta señora, cuyas amigas tienen relaciones con la representacion nacional!
FANNY. Pero qué es eso, Carolina? Cualquiera diria que te sientes mal.
CAROLI. Oh! mucho!

FANNY. Pues te aconsejo que acudas á la homeopatía; es un sistema escelente; nuestra *prima donna absoluta* acaba de curarse de una irritacion de estómgo acomiendo ciftech... Yo te enviaré un médico; no hay otro como él .. receta lo que uno quiere... Al principio le dió por hacerme la córte... pero es rubio, y á mi no me gustan los hombres rubios.

ANDRES. Y los morenos?

FANNY. Ah! eso ya varia.

CAROLI. (*Con viveza.*) Fanny, no pensabas ir á pasear? Sentiriamos que por nosotros te privases...

FANNY. Privarme! nada de eso... Voy al bosque de Bolonia, porque es moda, no por otra cosa .. En el dia no pienso mas que en mi arte... estamos ensayando un baile que va á arrebatarse... (*Se pone á marcar algunos pasos delante del espejo.*)

ANDRES. Un baile! cómo!

CAROLI. (*Con viveza.*) Es Fanny, la buena Fanny, de quien le hablé á usted hace poco, y que nos ayudaba en nuestra pobreza.

ANDRES. Ah! y esta señora es, ya entiendo!...

FANNY. (Qué le ha dado al primo? parece que está asombrado!)

CAROLI. (*Con intencion mirando á Andrés.*) Andrés, esperaba verte aquí... le he contado todo lo que has hecho por nosotras... el cuidado que tuviste de mi madre...

FANNY. Ah! sí, pobre señora!... cuántas noches hemos pasado al lado de su cama!... qué época tan triste! Y sin embargo, no lo querrán ustedes creer, pero la echo de menos!... Entonces estaba yo aprendiendo el baile, y en vez de carruaje tenia un solo par de chanclas que continuamente habia que mandar á componer; pero en cambio tampoco tenia quebraderos de cabeza... Entonces no conocia á los hombres... y ahora... (*Suspirando.*) Oh! los hombres! los he cobrado horror desde hace un mes!... no quiero oír hablar de ellos!... Dichosa tú, Carolina, que tienes un adorador como hay pocos!... Pondria las manos en el fuego por Mr. Faurel... Es incapaz de hacerte una infidelidad.

ANDRES. (*Sorprendido.*) Cómo! Mr. Arturo Faurel... el abogado?

FANNY. Ese mismo.

ANDRES. Pues si yo estaba en la creencia... ignoraba... ese hombre no es casado!...

FANNY. Toma! ya lo sabemos. (Vaya unas noticias frescas que tiene el primo!)

- ANDRES. (*Para sí.*) Dios mio !... qué es esto !... Ah ! todo lo comprendo. (*Va á cojer el sombrero de encima de la mesa.*)
- CAROLI. (*Con viveza.*) Andrés, aguarde usted.
- ANDRES. No !... tengo prisa.
- CAROLI. Andrés, se lo pido á usted : tengo que hablarle.
- FANNY. (Decididamente aqui hay misterio... y quieren quedarse solos....) (*Andrés se detiene, ambos miran á Fanny.*) El onceno no estorbar. (*Alto á Carolina.*) Yo me retiro, Carolina... Voy aqui al lado en casa de mi notario, para que me proporcione una casa de comercio donde poner un dinero sobre Argel... quiero enviárselo á la pobre Eufrosina... Hasta luego, querida.
- CAROLI. Hasta la vista. (*Váse Fanny, Carolina la acompaña algunos pasos. Andrés, despues de echar una mirada á su alrededor, se sienta y se oculta la cara con las manos. Carolina se acerca á él, y queda parada á su lado.*) (*Con voz trémula.*) No se atreve usted á mirarme !... (*Queriendo cojerle la mano.*) se aparta usted de mí, Andrés !
- ANDRES. (*Levantándose.*) Déjeme usted marchar !...
- CAROLI. No... Oh ! me ha de oír usted ! Usted al menos sabrá lo que puede en alguna manera disculparme.
- ANDRES. Disculparla ? Acaso lo necesita usted conmigo. No, yo no tengo ningun derecho sobre usted... yo no la he dirigido cargo alguno ! Ha hecho usted lo que tantas otras... ha querido usted ser rica.
- CAROLI. Ah !... qué cruel es usted !...
- ANDRES. Carolina... créame usted ; déjeme usted salir de aqui.
- CAROLI. Sea , puesto que usted prefiere despreciarme á compadecerme... no le detengo á usted ya... Adios.
- ANDRES. Ah ! si me habla usted así... si llora usted... Dios mio ! Dios mio ! por qué habré yo venido ?
- CAROLI. Por qué mas bien se marchó usted ? Si usted se hubiera estado aqui , no me hubiera encontrado desamparada y sin apoyo.
- ANDRES. Oh ! no ! yo queria tanto á su madre de usted !
- CAROLI. Despues de su muerte , Andrés , me ví sin ningun recurso. Un dia supe que el banquero , causa de nuestra ruina , se hallaba en Paris. Aconsejaronme que me dirijiese á varios letrados para hacer valer los derechos que contra él tenia ; pero era pobre , timida , todos bajo diferentes pretestos se negaron á encargarse de mi causa , todos... á escepcion de uno solo.

ANDRES. Arturo de Faurel... entiendo.

CAROLI. El fué el único que, compadecido de mi abandono, emprendió mi defensa y consagró á ella su tiempo, su talento, hasta su caudal. Vióse obligado á visitarme varias veces para hablarme de mis asuntos, y yo le recibia al principio con la mas afectuosa gratitud; (*Movimiento de Andrés.*) pero poco á poco, involuntariamente quizás, sus visitas fueron mas frecuentes, y yo, lo confieso, le veia cada vez con mayor placer.

ANDRES. Por gratitud tambien, no es esto? continúe usted.

CAROLI. En fin, no tardé en advertir que le amaba. (*Movimiento de Andrés.*) Qué le diré á usted? le veia á cada instante; estábamos siempre solos; no tenia á nadie que pudiese defenderme contra su amor, contra el mio! Perdió el pleito que defendia con el banquero que nos habia arruinado...

ANDRES. Y ganó el otro!... prosiga usted, prosiga usted.

CAROLI. Ah! yo ignoraba entonces las dolorosas consecuencias de una falta! Tan pronto como la mia se supo, todos los que antes me rodeaban se alejaron de mi; en cambio, me vi rodeada de mugeres, brillantes y notables sí, pero cuya presencia me lastimaba y á las que sin embargo no tenia derecho de rechazar... Pero aquello no era nada todavía; mi nueva posicion debia ocasionarme al poco tiempo una mayor y mas cruel humillacion.

ANDRES. Cómo!

CAROLI. Yo sabia que mi tio habia venido de Filadelfia, con ánimo de fijarse en París... pero no habia tenido valor para escribirle ni acudir á él; esperaba ocultarle hasta mi existencia, cuando un dia recibí una carta suya... Oh! solo de recordarlo se me oprime el corazon!

ANDRES. Qué le decia á usted en esa carta?

CAROLI. No me es posible repetírselo á usted; contenia una larga relacion. Su hija, que lleva el mismo apellido que yo, habia sido equivocada conmigo en un baile; se habia llevado muy á mal la presencia en él de una mujer comprometida; en fin, hubo habilllas, insultos, y de sus resultas un duelo en que mi tio hirió gravemente á su adversario.

ANDRES. Dios mio!

CAROLI. Mi tio me hacia responsable en su carta de aquella desgracia, me avisaba que iba á dejar un apellido

mancillado por mí, y me prohibía recordar nunca los vínculos de parentesco que nos unían; advirtiéndome que si tenía el atrevimiento de presentarme ante sus ojos, me mataría.

ANDRES. Es posible!

CAROLI. Yo sabia que era capaz de cumplir su amenaza; mi madre me habia hablado muchas veces de la violencia de su carácter; pero no era eso lo que yo temia... era tan desgraciada! Ah! usted no sabe, Andrés, lo que es vivir aislada, sin tener un pariente, un amigo á quien poder estimar, y á quien atreverse á decir lo que una sufre! Así es que cuando le he vuelto á ver á usted, cuando me ha estrechado usted la mano hablándome como en otro tiempo; á mí, desacostumbrada ya á la estimacion y á la amistad verdadera, lo he olvidado todo durante un momento; sí, durante un momento me he creído en los tiempos en que vivia al lado de mi madre... pero la ilusion ha sido corta, porque en el que creia hallar un compañero de infancia, he hallado al momento un juez; donde encontraba cariño, solo he encontrado desprecio!...

ANDRES. (*Conmovido.*) Desprecio! Oh, no! cuando hace poco adiviné su posicion, lo confieso... pero despreciar á usted ahora que lo sé todo! porque en fin, la culpa mas bien que de usted es mia... Si yo me hubiera quedado aqui!... Por lo mismo no debe usted guardarme rencor, si la he hablado con alguna dureza; cuando uno sufre, no sabe lo que se dice. Me perdona usted, no es verdad?

CAROLI. (*Llorando.*) Ah! cuán bueno es usted!

ANDRES. Eh! No soy justo.. Pero vamos á ver, Carolina, no habria medio de que usted saliese de esa cruel posicion? No puede acaso el que usted ama reparar el mal que ha hecho?

CAROLI. Asi lo esperaba, asi me lo prometió; pero hace algunos meses no me atrevo á pensar en lo futuro.

ANDRES. Pues qué? Mr. Faurel...

CAROLI. Ignoro lo que por él pasa; cada dia está mas taciturno, y parece que desea esquivar mis preguntas, hasta mis miradas... A veces me trata con extrema ternura, como asaltado de un repentino acceso de compasion; pero un sentimiento contrario le aleja en breve, y vuelve á entregarse á su

silenciosa tristeza. He recurrido á la súplica, al llanto, todo ha sido inútil.

ANDRES. Yo me veré con él!

CAROLI. Qué dice usted?

ANDRES. Sí, yo indagaré la causa de ese cambio: puesto que no he sabido preservarla á usted, quedándome á su lado, quiero que mi regreso al menos la sirva de algo. Oh! no tenga usted miedo; le hablaré como al hombre que usted ama; le pediré que la coloque á usted en la posición que la corresponde, que la restituya el sosiego perdido.

CAROLI. Oh! generoso amigo!

ANDRES. Figúrese usted qué alegría para mí, si salgo airoso de mi empresa... si habiéndola hallado desolada y comprometida, la dejo á usted tranquila y dichosa. Dios lo ha dispuesto así, sin duda, para que siempre que piense usted en su dicha, se acuerde de mí.

CAROLI. Ah!...

ANDRES. Déjelo usted á mi cargo... Justamente Mr. Arturo estaba hoy citado en casa de Durmont. Es el abogado de nuestra sociedad... (*Mirando á su reloj.*) Allí debe estar todavía... corro á buscarle... Adios, Carolina. (*Va á darla un abrazo, pero se detiene y la presta cordialmente la mano.*) Esperanza y buen ánimo. (*Váse.*)

ESCENA IV.

CAROLINA sola.

¡Qué noble corazón! ah! y cuán digno es de ser feliz! Su presencia ha despertado en mí tantos recuerdos... Al verle entrar hace poco, al oír su voz, me pareció que todo lo pasado iba á revivir.. Pero yo no debo pensar ni en lo pasado, ni en lo porvenir... lo presente... nada mas que lo presente... el resto pertenece á Dios... Procuremos ser feliz una hora... Arturo dijo que vendría hoy... no quiero pensar en otra cosa... ah! cuando le veo... lo olvido todo.. pero no me engaño... he oído parar un carruaje. (*Corre á la ventana.*) Es el suyo. (*Corriendo á Arturo que sale por el foro.*) Ah! Arturo.

ESCENA V.

CAROLINA. ARTURO.

- ARTURO. (*Estrechándola contra su corazón.*) Buenos días, Carolina. (Cómo participarla!... Es preciso que lo sepa hoy mismo...) (*Alto.*) Acabas de tener una visita...
- CAROLI. En efecto... un amigo de la niñez que ha descubierto por casualidad donde vivía.
- ARTURO. Andrés Bernier?
- CAROLI. Sí.
- ARTURO. Y le has recibido?
- CAROLI. Sin duda...
- ARTURO. Bien me lo temía yo!.. he debido advertírtelo, evítarte esa entrevista...
- CAROLI. Tranquilízate, Arturo. No me ha sido en manera alguna desagradable: Andrés se me ha manifestado afectuoso é indulgente... acaba de marcharse en tu busca.
- ARTURO. En mi busca? Luego le has dicho?..
- CAROLI. Se lo he confesado todo.
- ARTURO. Eso es! una persona mas en nuestros secretos.
- CAROLI. Qué mal hay en que lo sepa Andrés?...
- ARTURO. Qué sé yo? Una palabra imprudente, una indiscreción suya pudiera comprometerte.
- CAROLI. Ah! tú no le conoces cuando eso temes!... Además, qué me importa ahora lo que pueda decir el mundo... El mundo eres tú, Arturo; no existe otro para mí!
- ARTURO. (*Algo cortado.*) En buen hora... Carolina... pero yo... tengo familia, amigos; estoy en el deber de contemporizar con la sociedad, y si llegasen á saber nuestras relaciones...
- CAROLI. Te avergonzarías de ellas, no es verdad?... Entiéndolo... en efecto, tus amigos podrían burlarse de tu constancia! En sociedad las madres te recibirían con frialdad, las jóvenes con mas reserva; dejarías de recibir quizás algunas esquelas de convite para bailes y reuniones!... Ah! no había yo pensado hasta ahora en todos esos sinsabores!..
- ARTURO. Tú no quieres acabar de entenderlo.
- CAROLI. Oh! no lo he de entender!... entiendo que tu reputación es mas preciosa que la mia... que has querido

que yo me perdiese por tí; pero que tú no quieres comprometerte por mí... entiendo que tienes vergüenza de mi cariño.

ARTURO. (*Yendo á sentarse en el camapé.*) Semejantes inculpaciones no merecen respuesta...

CAROLI. (*Impetuosamente.*) Arturo! (*Dominándose y acercándose á Arturo, le dice con ternura y juntando las manos.*) Arturo!... Por Dios te lo pido... no tengamos riña.

ARTURO. Tú eres quien la buscas.

CAROLI. (*Con voz trémula y reprimiéndose.*) Pues bien... sí, yo tengo la culpa... si tú supieses cuánta necesidad tiene mi corazón de sosiego... qué contenta de ánimo me hallaba cuando has entrado! No sé por qué nuestras palabras toman al momento un tono de acritud! consiste en mí sin duda... perdóname... (*Se pone de rodillas delante del camapé.*) Mira, aquí me tienes á tus pies... estás enfadado?

ARTURO. (*Con acento cariñoso, pero en el cual se revela la compasion.*) Cómo pudiera estarlo!

CAROLI. (*Con pasion.*) Ah! es que yo te amo tanto! te amo tanto!... Si tú supieras! hay momentos en que me acuso de no haber hecho todavía bastante para probarte mi amor... Vas á decir que estoy loca, si te lo cuento, pero muchas veces cuando estoy sola me pongo á soñar en algun sacrificio que desearia hacerte; forjo aquí, á mis solas, mil novelas, en las cuales me inmolo por tí y espiro haciéndote dichoso.

ARTURO. (*Enternecido.*) Pobre Carolina mia!... (*La besa en la frente.*) Yo te aflijo sin cesar... Ah! quisiera que no me hubieses conocido!...

CAROLI. Qué dices?... Sientes acaso la dicha que tu amor me ha hecho sentir?

ARTURO. Pienso en los disgustos que te ha causado, y en los que te ocasionaré todavía... Oh! en vano querriamos negarlo, Carolina; siempre hay hiel y amargura en el fondo de unos amores que no se pueden revelar... Considera cuál es nuestra vida.... Disputas y lágrimas continuas... porque nuestra alma no está jamás tranquila y satisfecha!... No nos atreveremos á presentarnos juntos, no podemos vernos sino á solas, y nos está vedado esperar un porvenir mas halagüeño! (*Con embarazo y sin mirar á Carolina.*) Despues... el pensar como pudieran concluir

nuestros amores.. Independientemente nos hemos entregado á ellos creyéndolos duraderos, y hemos dejado correr el tiempo... pero si por último... llega un dia en que las ilusiones se desvanecen, en que la pasion cede á la necesidad, en que es preciso volver á entrar en la vida real para ocupar su puesto... y son entonces necesarias esas reparaciones crueles, pero indispensables, para las cuales si oyese uno la voz de la razon, debia estar siempre preparado....
(*A medida que Arturo ha hablado, Carolina que estaba de rodillas, se habrá ido incorporando poco á poco; de suerte que al acabar aquel, se encuentre en pie delante de él, pálida y apoyada en el camapé.*)

CAROLI. Ah!

ARTURO. Qué tienes, Carolina?

CAROLI. Te estoy escuchando... acaba...

ARTURO. (*Levantándose.*) No; porque no estás serena.

CAROLI. Acaba... Oh! te lo ruego... qué ibas á decirme?

ARTURO. Nada...

CAROLI. Quiero saberlo todo, repito.

ARTURO. Otro dia.

CAROLI. (*Con impetu.*) No... no, ahora mismo!... tienes miedo de hablar? Qué! Engendra en mi alma una sospecha horrible! Cuando te pido que acabes, me contestas; otro dia! Por ventura, quieres matarme? á qué pronuncias la palabra separacion? qué querias decir? habla... lo deseo... lo exijo!...

ARTURO. Silencio!... alguien viene.

ESCENA VI.

Dichos. ANDRES.

ARTURO. (*Bernier!*)

ANDRES. (*Reparando en él.*) Ah! justamente andaba buscando á usted.

ARTURO. Acaban de decirmelo.

ANDRES. Creí encontrarle en las oficinas de nuestra sociedad, pero solo he hallado esta carta de Mr. Durmont, el presidente, en que se trata de usted.

ARTURO. De mí?

- ANDRES. Sí.
- ARTURO. Ah! será sobre nuestros asuntos.
- ANDRES. No, sobre otra cosa... (*A Carolina.*) Carolina, déjenos usted.
- CAROLI. (*Sorprendida.*) Pero...
- ANDRES. (*Confuso.*) Deseo hablar con Mr. Faurel... ya sabe usted que se lo prometí antes.
- CAROLI. (*Con desconfianza.*) Los dejo á ustedes, me retiro... (*Vase.*)
- ARTURO. A qué viene tanto misterio? qué tiene usted que decirme?..
- ANDRES. Lea usted el final de esa carta que me escribe Mr. Durmont! (*Lee en voz alta señaláudo'e los renglones.*) «Dé usted la enhorabuena de mi parte á Arturo Faurel por su casamiento con la señorita Adela Cléry.» (*Movimiento de Arturo.*) Y bien?
- ARTURO. Esa carta dice la verdad.
- ANDRES. La verdad!.. y qué va á ser de Carolina si usted se casa con otra?
- ARTURO. Caballero... esa pregunta...
- ANDRES. Le sorprende á usted, no es así?... pero tengo derecho para hacerla. Carolina se ha criado conmigo... es casi hermana mia, y por lo tanto no ha contado en vano con mi apoyo.
- ARTURO. Suplico á usted que no me hable mas de este asunto.
- ANDRES. (*Animándose.*) Sí, ya sé que en la sociedad de hoy día es moneda corriente abandonar á una mujer que se ha entregado ciega y confiada..
- ARTURO. Basta.
- ANDRES. (*Animándose mas.*) Que se puede impunemente faltar á una promesa...
- ARTURO. Caballero... Eso es un insulto... y yo no sufriré.
- ANDRES. Ya! usted busca un desafío?
- ARTURO. (*Con ira.*) Caballero! (*Reprimiéndose.*) Pudiera cojer á usted la palabra... y evadir una esplicacion dándome por ofendido... pudiera en vez de justificarme, pedir á usted satisfaccion de sus dudas injuriosas... pero al que ha cometido un yerro es á quien corresponde dar pruebas de paciencia cuando se trata de él.. Me ha dicho usted que Carolina era para usted una hermana; pues bien... le hablaré á usted como si me dirijiera á su hermano! Despues que usted me haya oido, será usted dueño de juzgarme... no retrocederé ante ninguna consecuencia que traiga consigo mi fatal posicion.
- :

- ANDRES.** Pero esa posicion, por ventura, no es usted el que se la ha buscado ?
- ARTURO.** Y sabe usted acaso si he podido evitarla ? Ah ! no crea usted que trato de hacer recaer mi culpa sobre la que mas sufre por ella. Yo he sido culpable, sin duda, en aceptar su amor ! el interés y la amistad fueron los únicos móviles que me acercaron á Carolina. Protejer es la ambicion de la juventud ; yo me conceptuaba feliz con oirla darme las gracias por lo poco que en su favor habia hecho ; pero la expresion de su agradecimiento llegó á ser en breve mas viva, y no pude ya engañarme acerca de los sentimientos que la gratitud habia despertado en aquel corazon generoso ! Dejéme arrastrar por el encanto de su cariño inesperado... creí corresponder á él... y ese ha sido mi error.
- ANDRES.** Entonces debió usted al menos haber aceptado sus consecuencias.
- ARTURO.** Eso quise hacer, caballero ; pero no tardé en convencerme de que habia cedido á un alucinamiento y no á una inclinacion. Carolina empezó á quejarse de que correspondia mal á su cariño, y yo conocia que tenia razon ; conocia que era ingrato, y sin embargo no podia variar. Entonces empezaron las sospechas, los disturbios, las quejas... En fin, la casualidad me hizo conocer á la señorita Adela Cléry... los impulsos del corazon no se esplican ni se justifican ; esa jóven despertó en mí sentimientos que hasta entonces yo no habia experimentado. Previendo los disgustos que me esperaban, quise resistir á esta primera impresion, pero fué en vano. Mi madre, á quien yo involuntariamente habia dejado adivinar mi amor, le aplaudió desde luego ; y sin decirme nada, se ocupó en realizar mis deseos.
- ANDRES.** Y no ha temido usted la desesperacion de Carolina ?
- ARTURO.** Puede usted imaginarlo siquiera ? Ese pensamiento no me ha abandonado desde hace seis meses, y sin embargo, era harto escasa la ventura de que gozabamos ambos, para que mas tarde ó mas temprano fuese necesaria una separacion : creia que Carolina conoceria esto mismo, y esperaba que se fuese preparando para un momento que, á pesar de todo, nos debia ser muy doloroso á los dos ; confiaba en mis fuerzas, en su generosidad, en el acaso... qué se yo ? en todo lo que uno confia cuando sufre y

anhela... Esta es la verdad, caballero: vea usted si mi falta no tiene disculpa; y si no, puede decirse que he sido arrastrado por la fatalidad!... Nuestras edades no se diferencian mucho: júzguelo usted por sí mismo, qué hubiera usted hecho en lugar mio?... Apelo á su lealtad.

ANDRES. (*Confuso.*) Yo hubiera... ciertamente... lo que usted acaba de decirme... pero, y Carolina... Carolina... caballero, cómo decirlo?...

ARTURO. Considérelo usted bien, y verá que aun cuando ese casamiento no se llevase á efecto, me es imposible seguir finjiendo un amor que no siento ya. (*Carolina sale á este tiempo.*) Un rompimiento por lo tanto es inevitable.

ESCENA VII.

Dichos. CAROLINA.

ANDRES. Dice usted bien.

ARTURO. Con retardarlo por mas tiempo, solo se conseguiria desbaratar mi boda y hacer tres desgraciados en vez de uno solo!

CAROLI. (Qué dice?)

ANDRES. Pero está usted cierto de amar mucho á la señorita Cléry?

ARTURO. Mas que á todo el mundo!

CAROLI. (*Dando un grito.*) Ah!

ARTURO. } Cielos!

ANDRES. }
CAROLI. (*Levantándose con impetu hacia Arturo.*) He oido bien? tú amas! tú vas á casarte!...

ANDRES. Carolina!

CAROLI. Es verdad! Oh! Dios mio!

ARTURO. Oyeme, yo te lo ruego.

CAROLI. Es verdad!... ah!... ahora lo comprendo todo! todo lo que me decia hace poco!... casarse con otra!... eso es imposible... pero eso no puede ser... no, jamás!

ARTURO. Escucha.

CAROLI. Oh! usted ha pensado que no habia cosa mas fácil que abandonarme; á mí, pobre mujer, sin familia, sin apoyo... y habrá usted dicho — Si no puede con



- su pesar, se quitará la vida! — Quizás ha contado usted con esc.
- ARTURO. (*Ofendido.*) Carolina!
- CAROLI. Pues, caballero, no quiero!... quiero vivir! necesito vivir!... necesito defender mis derechos.
- ARTURO. Por piedad!
- CAROLI. Oh! no tema usted por mí... ya lo vé usted, se lo digo sin cólera, sin desconsuelo; mire usted mis ojos... no vierten una lágrima... estoy muy tranquila. (*Deshaciéndose en llanto.*)
- ARTURO. Oh! comprendo esa indignacion... mas...
- CAROLI. Por qué? no tiene usted preparada alguna disculpa? mentir á un hombre deshonra, pero á una mujer! oh! se la puede engañar sin miedo alguno!
- ARTURO. (*Acercándose.*) Carolina!
- CAROLI. (*Retrocediendo.*) Ah! déjeme usted, me dá usted horror. (*Déjase caer sobre el campé.*)
- ARTURO. Volveré cuando se halle usted en estado de oirme. (*Váse.*)
- ANDRES. Sí, sí, aléjese usted ahora...
- CAROLI. Se vá... Oh! siento que me vuelvo loca... ama á otra... Pero, quién es esa mujer? El ha dicho su nombre, y en medio de mi turbacion... (*A Andrés.*) Lo sabe usted?...
- ANDRES. (*Cortado.*) Yo!...
- CAROLI. Pronto, su nombre!
- ANDRES. Silencio! viene gente.
- CAROLI. (*Con un movimiento de impaciencia.*) Qué me quieren ahora?

ESCENA VIII.

Dichos. FANNY.

- FANNY. Qué es eso, querida? qué hay? qué tienes?
- ANDRES. (*Bruscamente.*) Nada...
- FANNY. Oh! lo que es eso, perdona... Vamos, qué es lo que ha pasado?... Mr. Arturo salió como un loco; por mas que le he llamado para preguntarle si conocia á este banquero, cuyas señas acaban de darme... ni por esas!
- ANDRES. (*Con intencion y procurando apartar su atencion*

de Carolina.) Ola! Anda usted á caza de banqueros.

FANNY. Ya sabe usted... para esa letra sobre Argel.

ANDRES. (*Distraído.*) Sí, sí.

FANNY. A ver si por casualidad le conoce usted... Mr. Cléry... calle de...

CAROLI. Cléry! Cléry! (*Levantándose bruscamente.*) Sí, eso es! Dónde están sus señas?... Dónde?

FANNY. Toma. Aquí...

ANDRES. Pero...

CAROLI. (*Cojiéndolas.*) Dámelas. Sí, sí, es preciso...

FANNY. (*Admirada.*) Pero que es eso?

CAROLI. (*Cojiendo un chal y un sombrero de encima de un sillón del fondo.*) Un carruaje!...

FANNY. El mio está abajo, si gustas...

CAROLI. Bien: mil gracias.

ANDRES. Pero...

CAROLI. No; nada escucho.

ANDRES. Ni yo me separo de usted. (*Vánse los dos precipitadamente.*)

FANNY. Cómo! Caballeros! Y se van dejándome á pié! Pero señor, se han vuelto locos todos en esta casa?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon, en casa de Mr. Cléry. Al fondo, izquierda, una cómoda sobre la cual hay una labor de tapicería. A la derecha, una mesa llena de cajas de carton y de vistas de boda.

ESCENA PRIMERA.

ADELA. MME. MOIROT. LUISA. *Despues* CLERY.

- ADELA. Vea usted qué lindo aderezo, querida tia.
MOIROT. Con efecto. Repara tambien qué encajes de tanto gusto!
ADELA. Oh! Qué hermoso es todo esto! Pero, y mi padre?... Qué hace que no viene? (*A Luisa.*) No le has avisado, Luisa?
LUISA. Sí, señorita... Pero Mr. Cléry se halla ocupado en este momento.
ADELA. En qué?
LUISA. En... en regañar.
ADELA. Cómo!... Pues qué sucede?
LUISA. Que acaba de despedir al cochero.
ADELA. (Dios mio! Siempre con su génio violento, que tanto mal hace á su salud!)

- LUISA. Le oye usted?
- CLERY. (*Dentro.*) Animal! Que se vaya al instante ó le tiro por una ventana. (*Sale.*) Voto á cribas! Hemos de vernos continuamente engañados y robados por esos araganes!... Pues juro que... (*Vé á Adela que le mira, y dice apaciguándose por grados.*) Eh? Qué... qué quieres tú, Adela?
- ADELA. (*Acercándose con cariño.*) Yo... Válgame Dios!... Qué enfadado está usted, papá!
- CLERY. Sí, mucho... Y cómo no estarlo? todo vá aquí á la diabla; todo se conjura para impacientarme.
- ADELA. Es posible?
- CLERY. Algo mas, es cierto. Mis dependientes vienen tarde al escritorio, ayer se rompió una rueda del tilburí; en fin, ahora me avisa de que mi mejor caballo se ha puesto malo! Yo no tengo la culpa de que me saquen de mis casillas. Yo tengo un carácter muy dulce cuando...
- ADELA. Cuando no se encoleriza usted.
- CLERY. Eh? cómo?
- ADELA. (*Sonriendo.*) Me engaño quizá?
- CLERY. Ola! Vas tú tambien á regañarme ahora... Pero sí: tienes razon, me exalto sin motivo, no puedo dominar este maldito génio... qué quieres!... antiguos hábitos de marino... Casi siempre he vivido entre marineros y negros, y como esta gente no anda lista sino á fuerza de... voto vá!... el tuno del cochero, no me ha hecho tomar un sofocon?...
- ADELA. Lo vé usted? Ya se pone usted malo.
- CLERY. No, tranquilízate, no es nada. Pero... á lo que observe, te he distraído con mi conversacion. Te hallabas extasiada examinando tus regalos de boda en compañía de mi hermana, y... qué tal? Supongo que te crearás muy feliz á la vista de todo eso?...
- ADELA. (*Confidencialmente.*) Hay tres chales magníficos.
- CLERY. Sí? Apuesto á que desde que los has recibido ha aumentado tu amor hácia Arturo lo menos un veinticinco por ciento.
- ADELA. Qué dice usted?
- CLERY. Eh! vamos. Eres muger, y la idea de despertar la envidia de tus compañeras... Siempre gusta hacerlas rabiarse de cuando en cuando, eh? De qué nos ha de servir si no el tener buenas amigas?
- ADELA. Jesus! Quien le oyese á usted hablar de ese modo, creería que yo me casaba con Arturo por pura co-

queteria. Oh! Eso no es justo, papá, y usted sabe mejor que nadie...

CLERY. Que haces una boda de inclinacion! Y tanto como lo sé! Hubiera yo sin eso consentido en que diceses tu mano á un abogado? Bien te consta que no los puedo sufrir! Tú me dirás que esta es una preocupacion propia de un plantador americano, pero por más que me haya transformado en banquero, en comerciante... los mercaderes de palabras me son antipáticos. No digo esto por Arturo, no; es un jóven que me agrada, tú lo sabes. Además, cómo rehusar mi consentimiento? cómo resistir á una niña que se pone delgada y pálida, y pierde el apetito y el sueño?... (*Con ternura y cogiéndola la mano.*) Le amas mucho?

ADELA. Oh! Se lo confieso á usted ahora que usted aprueba mi amor. Si usted se hubiese opuesto á nuestro enlace... yo hubiera obedecido, pero...

CLERY. Pero qué?

ADELA. Pero no habria podido vivir sin Arturo.

CLERY. Pobre Adela! Te creo, te creo porque eres la viva imágen de tu madre... y, como ella, tienes un corazón tierno, sumiso... pero que se liga siempre á los objetos que ama. Oh! sábelo pues, á mí también me llena esta boda de júbilo. Merced á ella, llevarás al menos un nombre honrado... que nadie habrá manchado, ni envilecido!

ADELA. Padre mio!

CLERY. No. En vano pretenderia borrar de mí este recuerdo... tampoco he podido decidirme aun á hablar de ello á Arturo... Y sin embargo será fuerza que sepa, antes de vuestro casamiento, por qué he tomado el apellido de Cléry, que es el de madre... Oh! Cuando pienso que por un insultante error hicieron asomar el sonrojo á tu rostro... Cuando pienso que á tí, inocente y pura, te equivocaron un día con la infame...

ADELA. Ah! Yo le suplico á usted olvide...

CLERY. Nunca. Jamás perdonarán mis iras á la desdichada que fué la causa de ello. Y pensar que es la hija de mi hermano, hombre cuya virtud era sin tacha!... pensar que es mi sobrina... Oh! me creerás? Tengo miedo de encontrarla alguna vez, porque... te juro que no me atreveria á responder de mí mismo, si esa infeliz se presentase ante mis ojos...

- ADELA. Papá... aun se ocupa usted en...
- CLERY. Tienes razon. Hoy solo debo pensar en tu casamiento. dedicarme á él esclusivamente... á ejemplo de tu tia. Ella no se cuida como yo de sus malos recuerdos; solo piensa en tu boda, y casi puede asegurarse que en estos momentos es tan dichosa como tú. *(Mme. Moirot ha recogido todos los regalos de boda durante el diálogo precedente, y ha ayudado á Luisa á llevarlos á la habitacion de la izquierda, que es la de Adela.)*
- ADELA. Nada mas natural. Me ha visto nacer, no me he separado nunca de ella, me ama como á una hija.
- CLERY. Sí. Y te regaña por lo tanto cual si fuese tu madre, porque... su carácter y el mio no tienen nada que envidiarse.
- ADELA. Chss! Tenga usted cuidado con... Ya sabe usted que á lo mejor se le figura que se habla en secreto para ocultarse de ella.
- CLERY. Con efecto, aun no se ha convencido de su sordera.
- MOIROT. Eh? Qué decias, Adela?
- ADELA. Nada, querida tia.
- MOIROT. Vuelven los secretos con mi hermano?
- CLERY. Adios! Cambió el tiempo sin duda, y no nos vamos á poder entender en todo el dia.
- MOIROT. Qué estás ahí charlando? Sabeis que soy algo torpe de oido, y sin embargo... no parece sino que todos tomais un aire de misterio... reniego de la moda actual! desde hace algun tiempo hablan las gentes tan bajo...
- CLERY. Pues! desde que ella está sorda...
- MOIROT. Dime, no vas en casa del notario para que traiga el contrato?
- CLERY. Sí; cuando Arturo venga.
- MOIROT. Que no importa se detenga! Por qué?
- CLERY. He dicho que aguardo á Arturo!
- MOIROT. Lo retarda el futuro?
- CLERY. No es eso! Uf!
- MOIROT. Por qué te impacientas ahora? Háse visto un carácter mas indócil! Porque le digo que vaya á buscar al notario, se pone hecho una furia!
- CLERY. Dále!
- MOIROT. Eres intratable!
- CLERY. Hermana!
- MOIROT. Respuesta como tuya!
- CLERY. Eh?

- MOIROT. A qué viene el decir que porque te dá la gana?
- CLERY. (Huuuum!)
- MOIROT. Callas, ó me voy?
- CLERY. Pero si no hablo *palabra!*
- MOIROT. A mí no me tienes que gritar!
- CLERY. (*Alto.*) Herma... Mas vale callarse.
- ADELA. Sí; no se incomoden ustedes...
- MOIROT. Déjale. No hay forma de entenderse con ese hombre! Todo lo enreda! todo lo trabuca!
- CLERY. (*Gritando.*) No oyes eso? Voto á...
- ADELA. Reflexione usted que es sorda!
- CLERY. Dices bien. Tiene todas las ventajas sobre mí.
(*Adela se acerca á Mme. Moiro, y por señas logra calmarla.*)
- MOIROT. Sí, sí. A mí me toca disimularle su endiablado genio.
- CLERY. (*Volviéndose.*) Eh?
- ADELA. (*Vivamente.*) Nada. (*Aparte á su padre.*) Considere usted que puede venir Arturo, y si los oyese disputar de ese modo...
- CLERY. Es verdad. Conviene no dejar entrever las desazones domésticas á un hombre que va á casarse: esto podría hacerle cierta impresion.
- MOIROT. (*Con aire triunfante.*) (Ya le hice callar. Oh! es preciso imponerle de vez en cuando; la muger que se estima en algo no debe ceder nunca.) Pero, hija mía, qué es de tu futuro que no viene?
(*Adela ha ido á ponerse á la ventana, y de pronto deja escapar una ligera exclamacion.*)
- ADELA. Ah!
- CLERY. (*Sin volverse.*) Ya está ahí.
- ADELA. Papá...
- CLERY. No es verdad que es él? (*Sonriendo.*) Esa exclamacion me es demasiado conocida.

ESCENA II.

Dichos. ARTURO.

- MOIROT. Arturo!
- ARTURO. (*Dándole afectuosamente la mano.*) Adios, Mr. Cléry. Adela, perdone usted si he tardado. Ha sido bien á mi pesar.

- MOIROT. (A Cléry.) Mando enganchar el cabriolé ?
- CLÉRY. Sí. (Haciendo señas afirmativas á Mme. Moirot, la cual se vá.) Como tardabas, me he entretenido... lo crearás? me he entretenido en hacer rabiar un poco á Adela.
- ARTURO. Es posible !
- ADELA. Y tanto.
- CLÉRY. A propósito, te advierto que está muy enfadada contigo.
- ARTURO. Conmigo, Adela? Por qué?
- CLÉRY. Como le prometiste volver anoche...
- ARTURO. En efecto. Pero un negocio muy urgente me lo impidió.
- CLÉRY. Como yo presumia; pero ya se vé! las mugeres no comprenden nunca esas cosas; creen que uno solo tiene que ocuparse en estar siempre á su lado, diciéndoles galanterías... y...
- ADELA. No tal, papá, sino que Arturo trabaja demasiado.
- CLÉRY. Nunca se trabaja demasiado, Adela. Es preciso que el hombre utilice su talento y su actividad en vez de arruinarse entreteniendo vicios elegantes. El trabajo es la mejor salvaguardia, y gracias á él, Arturo, en medio de las locuras de nuestra juventud actual, ha conservado una conducta sin tacha.
- ARTURO. Ruego á usted...
- CLÉRY. No hay que hacerse el modesto. Sin tacha, lo repito. Yo he tomado mis informes...
- ARTURO. Cómo! Usted!...
- CLÉRY. Sí... Siempre he adolecido de la... ridiculez, pues así la llaman muchos, de tener muy en cuenta las costumbres de mis amigos. Por otra parte, sé cómo se hacen los matrimonios en el día, y... pues... á lo mejor una pobre jóven cándida y sensible da toda su alma á un marido perverso que la mira como una especie de querida legítima, la ama ocho dias, y despues vuelve á las antiguas relaciones con alguna de sus amantes anteriores. Qué horror! Así es que, á pesar de la preferencia con que Adela te ha mirado, yo no te habria concedido nunca su mano si hubiese sabido... Tal vez crearás por esto que soy demasiado severo, demasiado previsor... pero... amo tanto á Adela, que... No le bagas nunca sufrir en lo mas mínimo, no? Perdóname... pero si tal sucediera, descolgaria mi antigua espada, y...
- ADELA. Papá!

CLERY. Soy un majadero. Dáme tu mano, Arturo. Ya se que eso no acontecerá nunca.

ARTURO. Así lo espero.

CLERY. Qué diantre! Me entretengo en charlar, y olvido que el notario nos espera. Voy por los papeles necesarios, y en seguida iremos á su casa, eh?

ARTURO. Como usted guste.

ESCENA III.

Dichos, menos CLERY.

ADELA. Y bien... (*A Arturo.*) Qué tienes, Arturo?

ARTURO. (*Volviendo de su abatimiento.*) Yo?... nada.

ADELA. No estés hoy triste! Yo te lo ruego.

ARTURO. Triste! Cómo estarlo viéndote dichosa!

ADELA. Oh! Sí. Apenas puedo explicar lo que por mí pasa. Tan pronto deseo cantar, tan pronto lloraria de buena gana. Despues... quiero reir, y... lo único que anhelo constantemente, es que estés á mi lado.

ARTURO. Adela, cuán buena eres y cuán angelical! Oh! Yo quisiera haberte conocido antes, hace tres años.

ADELA. Y por qué? Al contrario, casi estoy por decir que no me hubieras amado entonces. Yo acababa de salir del colegio, era muy niña aun, y... si vieras con qué placer recuerdo aun aquellos años, cuando conocí en la pension á Clara y Hortensia mis buenas amigas...

ARTURO. A quienes no he vuelto á ver hace tiempo.

ADELA. Se hallan en Paris desde ayer.

ARTURO. De veras?

ADELA. Sí, y hoy comerán con nosotros. Si supieras lo contentas que se pusieron al saber nuestro casamiento!... Luego te enseñaré sus cartas. Me quieren tanto!... lo mismo que si fueran hermanas mías. Tú tambien serás para ellas un hermano, verdad?

ARTURO. Sí. Con toda mi alma.

ADELA. Qué feliz soy al poder reunir asi una familia con la tuya, y amigos con los que tambien son los tuyos! Es tan dulce aumentar el número de las personas que nos aman, que nos quieren con lealtad!...

ARTURO. Oh! sí, Adela: amarse libremente, llevar el mismo

nombre, poder mostrarse en todas partes juntos, confundir en una todas sus afecciones, todas sus alegrías, todas sus esperanzas.. nada, nada puede en el mundo reemplazar esta felicidad.

ADELA. Bien! Bravo! Hoy te espresas como nunca. Qué contenta estoy, Arturo mio!

ESCENA IV.

Dichos. MME. MOIROT.

MOIROT. Adela! Adela!

ADELA. Querida tia..

MOIROT. La modista acaba de llegar con tu traje de boda. La he hecho entrar en tu cuarto y... vamos, apresúrate; no la hagas esperar, hija.

ADELA. Sí, al momento voy. (*A Arturo.*) Me lo permites? Esto tambien es ocuparme de tí.

ARTURO. (*Con cariño.*) Adela! (*Adela se vá.*)

MOIROT. (*A Arturo.*) Tambien mi hermano le está esperando á usted.

ARTURO. Voy al punto... (*Va á salir por el fondo.*)

MOIROT. No, por ahí no. Por el jardin. El cabriolé está en la puerta de la verja, y mi hermano sale por ella siempre que vá en carruaje.

ARTURO. Mil gracias. (*Saludando y se vá.*)

ESCENA V.

MME. MOIROT, *sola.*

Qué guapo y qué simpático! Solo tiene un defecto, y es que habla bajo con los demas... Y es abogado!... Qué contradiccion! Pero con tal que haga feliz á mi Adela... (*Se sienta junto á la cómoda, en el fondo, y se pone á hacer labor con la espalda vuelta á la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

MME. MOIROT. ANDRÉS. *Después* CAROLINA.

- ANDRÉS. (*Saliendo sin ver á Mme. Moirot.*) No he hallado á nadie en la antesala ; Carolina ha consentido al fin en esperarme abajo en el carruaje en que hemos venido... Pero si yo tardase , sería capaz en su febril impaciencia , de... (*Viendo á Mme. Moirot.*) Ah ! Una señora ! (*Se aproxima á Mme. Moirot saludando y tosiendo.*) Jem ! Jem ! Señora , tengo el honor... (No me escucha !) Señora , perdone usted , mas... (Tampoco !) (*Se acerca mas.*)
- MOIROT. Ah !... (*Alza los ojos y ve á Andrés.*) Caballero...
- ANDRÉS. Mr. Cléry...
- MOIROT. Eh ? Qué ?
- ANDRÉS. (Vamos ! Ya caigo ! Es sorda como una tápia !) (*Gritándole al oído.*) Mr. Cléry !
- MOIROT. (*Retrocediendo asustada.*) Jesus !
- ANDRÉS. (A ver si ahora me entiende.)
- MOIROT. No soy sorda , caballero.
- ANDRÉS. (Ya se le conoce.)
- MOIROT. Oigo perfectamente. Con que usted viene á tratar del alquiler del piso segundo...
- ANDRÉS. (*Con sorpresa.*) Eh ?
- MOIROT. Está muy bien pintado. Tiene diez piezas...
- ANDRÉS. Me alegro mucho : pero no es ese el objeto...
- MOIROT. Con vistas al jardín.
- ANDRÉS. Bueno ; pero yo no...
- MOIROT. Voy á mandar que le guien á usted...
- ANDRÉS. Vuelta ! Señora , que no es eso...
- MOIROT. Ah ! ya !
- ANDRÉS. Gracias á Dios !
- MOIROT. Con que no le conviene á usted el cuarto ?
- ANDRÉS. Anda ! Aun sigue en sus trece !
- MOIROT. Haré que le enseñen el del piso tercero.
- ANDRÉS. Dale ! que no !
- MOIROT. Con su permiso , voy á llamar...
- ANDRÉS. (Es sorda como un marmolillo.) (*Gritando.*) Señora ! señora ! (*Mme. Moirot se dirige á la puerta sin oírle.*) Cómo saber donde está Mr. Cléry ! Ah !

veamos si por este medio. (*Saca un targetero de un bolsillo y escribe en una hoja.*)

MOIROT. Calle! Qué es lo que hace!

ANDRES. (*Presentándole lo escrito.*) Señora...

CAROLI. (*Sale por la puerta del fondo, y dice aparte.*) (Ah! No he tenido paciencia para aguardar por mas tiempo...)

MOIROT. Eh? qué dice aqui? (*Se pone á leerlo.*) «Pregunto por Mr. Cléry.»

ANDRES. Sí, por Mr. Cléry.

MOIROT. Y por que no lo ha dicho usted desde luego?

ANDRES. Calle!

MOIROT. Háse visto nunca una mania semejante de escribir... como si yo no entendiera lo que me dicen.

ANDRES. Señora, usted... (Nada. No quiero cansarme en vano.)

MOIROT. Mr. Cléry no está en casa.

ANDRES. Acabáramos!

MOIROT. Ha ido á la del notario en compañía de su futuro yerno.

CAROLI. (Dios mio!)

MOIROT. (*Viéndola.*) Una jóven...

CAROLI. Pronto, Andrés, vámonos.

MOIROT. Prevengo á ustedes que es inútil que vayan á buscarlo, porque no le encontrarán.

CAROLI. Entonces quiero esperarle. Por fuerza tendrá que volver.

ANDRES. Pero reflexione usted...

CAROLI. Oh! yo no tengo que reflexionar nada, yo no tengo que pensar mas que en una cosa, y... me quedo, lo repito. (*Se sienta.*)

ANDRES. Quedémonos pues, ya que está usted decidida á ello.

MOIROT. Cómo! Se sientan sin mas ni mas... Enbuenhora: que esperen todo lo quieran: yo no les he de hablar palabra .. (*Vuelve á su labor.*)

CAROLI. Alguien viene.

ESCENA VII.

Dichos. FANNY.

FANNY. (*Dentro.*) Qué, no hay nadie en esta casa?

CAROLI. Fanny!

ANDRES. Cielos!

CAROLI. Cómo impedir que me vea!

ANDRES. Va á descubrirlo todo!

CAROLI. (*A Andrés.*) Por Dios, libreme usted de su presencia.

FANNY. (*Sale.*) Calle! Tú aquí, querida?

ANDRES. Sí, sí, hemos venido...

FANNY. Es acaso también banquero tuyo Mr. Cléry?

ANDRES. Precisamente. Usted le conoce?...

FANNY. En mi vida le he visto. Pero vengo por aquella letra sobre Argel...

ANDRES. Ah! sí.

FANNY. Pues! y por más que busco el despacho, no...

ANDRES. (*Vivamente.*) Venga usted. Yo la guiaré en un momento...

FANNY. Ay, sí, cuanto antes. Carolina me dejó tan brusca-mente... Qué tenías?

CAROLI. Nada: puedo asegurarte...

ANDRES. Estoy á las órdenes de usted.

FANNY. Voy al punto... Pero, hija, creo que sufres mucho... Tienes una palidez...

ANDRES. Me permitirá usted que la ofrezca mi brazo...

FANNY. Ah! sí. Mil gracias, caballero. (*Lo acepta.*)

ANDRES. Seré su guía.

FANNY. Un momento. Desearía saber...

ANDRES. (*Guiándola sin escucharla.*) Vamos, vamos, no sea que se cierre el despacho y...

FANNY. Pero, amigo mío, un poco de calma; esto es una especie de raptó...

ANDRES. Por aquí. (*Se van por la derecha.*)

MOIROT. (*Viéndolos irse.*) Qué significa...

ESCENA VIII.

CAROLINA. MME. MOIROT.

CAROLI. Al fin se fué... Pero... Mr. Cléry que no vuelve.

ADELA. (*Dentro.*) Querida tia!

CAROLI. Eh? Qué es eso?

ESCENA IX.

Dichas. ADELA en traje de novia.

ADELA. Querida tia!

CAROLI. (Qué veo!)

MOIROT. Oh! qué linda estás!

ADELA. Cree usted... Mire usted qué bien me sienta! Mi modista es lo que se llama una muger de génio... Ah! (*Mirándose.*) Qué cosa mas bonita es un traje de novia!

CAROLI. (Dios mio! seria esta jóven la...)

MOIROT. Ya estoy deseando que Arturo te vea!

CAROLI. Sí! ella es!

ADELA. (*Se vuelve al eco de voz de Carolina.*) Eh? Una jóven...

CAROLI. Señorita... (*Saludándola turbada.*) Tengo el honor de...

ADELA. Está turbada!

CAROLI. (Es hermosa!... Mas que yo para él!) Señorita... usted... segun creo es la hija de Mr. Cléry...

ADELA. Sí señora.

MOIROT. (Se conocen quizá?)

CAROLI. Quisiera... Ruego á usted se sirva concederme algunos instantes...

ADELA. (*Admirada.*) Yo!

CAROLI. Sí.

ADELA. En un dia como este, me es imposible...

CAROLI. (*Acercándosele.*) Es que!... Por piedad, señorita; se trata de su boda de usted! (*Con entereza.*) Es preciso que usted me escuche.

ADELA. Cómo! No comprendo!... Se trata, dice usted, de mi

:

- boda... En tal caso, señora, mi padre volverá pronto, y á él...
- CAROLI. Yo no quiero que nadie mas que usted oiga lo que tengo que decir.
- ADELA. Bien. Ya la escucho á usted, señora. (*Se apartan de Mme. Moïrot.*)
- MOÏROT. (Sin duda es alguna amiga de Adela que viene á felicitarla.) Diré á la modista que espere mientras dura la visita. (*Se vá.*)
- CAROLI. Usted... usted se va á casar, á lo que creo, con Mr. Arturo Faurel, no es así?
- ADELA. Sí señora.
- CAROLI. Y... está usted bien persuadida de que ese matrimonio puede verificarse?
- ADELA. Qué dice usted?
- CAROLI. Está usted bien segura de que Mr. Faurel no tiene contraidos otros lazos que...
- ADELA. Eso es imposible!
- CAROLI. No, señorita, no. Eso es la verdad, sin embargo!
- ADELA. La verdad! Pero usted que así se atreve á acusarle... quién es usted, señora?
- CAROLI. (*Ruborizada.*) Oh!
- ADELA. Oculta usted el rostro! Lloro usted!
- CAROLI. Sí. Lloro porque...
- ADELA. Acabe usted.
- CAROLI. Porque soy su amante!...
- ADELA. (*Retrocediendo.*) Usted!
- CAROLI. Sí, alejese usted de mi lado al oír esta palabra que me he atrevido á pronunciar en su presencia!...
- ADELA. Su amante!
- CAROLI. Se admira usted sin duda de que una muger como yo se haya atrevido á venir á esta casa! Oh! sí. Usted tiene derecho para ello. Yo tambien en un tiempo fundaba mi orgullo en mi inocencia; yo tambien he apartado mas de una vez mis ojos de las desdichadas que habian sido engañadas como yo: sí, usted puede... usted debe despreciarme, maldecirme; pero... (*Llorando.*) pero no me niegue usted su compasion!
- ADELA. (*Conmorida.*) Ah! señora, por Dios! Esas lágrimas...
- CAROLI. (*Dominándose y ahogando su dolor resueltamente.*) Sí... Tiene usted razon. Yo no he venido aquí para llorar, para pedir se me compadezca... Oh! no, no... Yo he venido solo para pedir justicia...

ADELA. Justicia!

CAROLI. (*Con fuerza comprimida.*) Justicia, sí; la reclamo, la exijo y... y no saldré sin haberla obtenido.

ADELA. Pero qué pretende usted de mí?

CAROLI. (*Con risa sarcástica.*) Qué pretendo? Ah! Usted cree que yo no puedo reclamar derechos ante los que usted posee; que una mujer á quien se abandona cruelmente no tiene otro recurso que el de llorar su desdicha sola, menospreciada, presa de una eterna amargura... Sí, es verdad! Qué le importa á la que, como usted, va á ser feliz, mi dolor ni mis lágrimas! Arturo ha rendido á esos pies por trofeo mi corazón despedazado! Quién ha de defenderme?... Al contrario! todos aplaudirán su abandono, todos quemarán incienso en el altar de su orgullo, todos ensalzarán su firmeza, su buen gusto... Eso es muy natural, muy justo, muy lisonjero sobre todo para usted... Sí, sí... decía usted bien, señorita... qué tengo yo que pretender aquí?

ADELA. Oh! usted calumnia mis sentimientos!

CAROLI. Los calumnio! Oh! todo sería posible! Mi desesperación, mis celos me trastornan... pero si sus sentimientos de usted no son los que yo creo... déme usted una prueba de mi error.

ADELA. Cómo!

CAROLI. Sea usted juez entre nosotros todos.

ADELA. No comprendo.

CAROLI. Aquí hay dos mujeres... bien diferentes, ya lo sé. La una infeliz y abandonada! la otra adorada y pura, pero, en fin, ambas con iguales corazones, prontos á entregarse á la alegría ó al mas fiero dolor. Pues bien, suponga usted... que la casualidad hubiese cambiado nuestra actual situación, que yo estuviese ahí en su lugar de usted, y fuese como usted, dichosa, bella, con un porvenir inmenso ante mis ojos, y usted... y usted se hallase en mi puesto pálida, celosa, trémula, luchando entre la vida y la muerte... dígame usted, señorita, sabría usted en tal caso lo que de mí esperaba? Sabría usted lo que era preciso que yo hiciera para devolverla á usted su felicidad, para salvarla de una eterna desdicha?

ADELA. (*Muy agitada.*) Señora...

CAROLI. Responda usted. Oh! responda usted, por piedad.

ADELA. Y qué he de responderle? No ve usted mis lágrimas? Usted acaba de destruir con una palabra todos mis

ensueños de amor, usted acaba de arrebatarme todas mis esperanzas... y cuando aun no he vuelto de mi dolor y de mi sorpresa, me pide usted una respuesta! Quiere usted que le diga terminantemente lo que quiero... cuando mis ideas se confunden, cuando mi cabeza se pierde..! Lo que quiero, lo sé yo por ventura?

CAROLI. Pero usted me ha comprendido bien, no es así? Usted sabe que me pertenece el amor de aquel con quien pretende usted unirse; que ese amor lo he comprado con mi reposo, con mi bienestar, con mi alma toda, y que usted... usted nada le ha sacrificado, que tal vez no le conocia usted siquiera, que usted no le ama!

ADELA. No le amo!

CAROLI. (*Llorando.*) No. Usted no le ama lo que yo: estoy segura de ello!

ADELA. Ah señora! Usted me ofende sin yo merecerlo!

CAROLI. (*Se arrodilla.*) Perdon! no sé lo que me digo! estoy loca! Pero por compasion, renuncie usted á Arturo!

ADELA. Oh! Levántese usted!

CAROLI. No, no... Señorita, usted es jóven, feliz; usted no puede tener un corazon sordo á mis ruegos! Ah! (*Cogiéndole las manos.*) Déjeme usted estrechar sus manos entre las mias... Si usted comprendiera... si yo pudiera persuadirla... me faltan razones, y... pero mireme usted y me comprenderá!...

ADELA. (*Queriendo levantarla.*) Por favor!

CAROLI. Usted puede vivir sin Arturo! Goza usted una reputacion sin tacha; tiene usted una familia que la ama, y yo... yo, pobre de mí, estoy sola en el mundo!... Sola y menospreciada! Oh! respóndame usted! Dígame usted que no dará su mano á Arturo!

ADELA. Qué me pide usted, señora!

CAROLI. (*Levantándose.*) Ah! Usted le ama!

ADELA. Yo...

CAROLI. Usted le ama!

ADELA. Silencio! Viene gente!

CAROLI. (*Viéndole.*) Arturo!!

ARTURO. Ah!

ESCENA X.

Dichas. ARTURO.

CAROLI. (*Con afectada serenidad y ent ereza y con sonrisa sarcástica á Arturo , que al entrar y verla, se queda yerto de terror.*) Sí: yo misma!

(*Pausa.*)

ADELA. (*Temblorosa, y con la vista en el suelo.*) Caballero... Al verle á usted turbado en presencia de esta señora... no debo dudar de que habrá usted adivinado el motivo que la trae aquí.

ARTURO. (*Ocultando el rostro entre las manos.*) Oh! Dios mio!

ADELA. No tema usted mis reconvenciones. Ninguna tengo que hacerle. Sin esperiencia de la vida , yo creí sincero cuanto usted me decia acerca de su amor ; ví un sentimiento franco y verdadero en lo que solo era un cálculo de conveniencia!

ARTURO. Ah! No lo crea usted , por Dios!

CAROLI. (*La amaba!*)

ADELA. Tranquilícese usted , Arturo. Yo no lanzaré la menor queja ; yo ocultaré á todo el mundo mi dolor... yo renunciaré á ser dichosa! Y usted , señora , no tema usted tampoco ; no quiero una felicidad comprada con sus lágrimas! Conserve usted pues sus antiguos derechos!

ARTURO. Cielos! (*Movimiento de Carolina.*)

ADELA. (*Con desesperacion.*) Este ramo , esta corona no deben insultar mas sus pesares. (*Se quita la corona y la tira con el ramo á los pies de Carolina.*) Caigan á sus pies , señora... con todas mis alegrías y mis risueñas esperanzas!

CAROLI. Ah!

ARTURO. (*Desdichado de mí!*)

CAROLI. (*Mirándole.*) Llora! Llora porque la pierde! (*Dá algunos pasos hácia Arturo.*) Ah! Arturo! (*Arturo se aleja.*) Qué le he hecho yo , Dios mio!...

ARTURO. Y usted lo pregunta! Usted que ha venido á destruir todos mis sueños de porvenir y de ventura ; que ha venido á hacerme infeliz para toda mi vida! Oh! Bien se ha vengado usted , señora! Pero yo no sobreviviré á mi infortunio!

CAROLI. Cielos!
ADELA. Qué dice?
ARTURO. Adios !!
CAROLI. (*Queriendo detenerle.*) Arturo! Arturo!

ESCENA XI.

Dichos. ANDRES.

ANDRES. Deténgase usted. Mr. Cléry viene!
ARTURO. Mr. Cléry!
CAROLI. Oh!
ADELA. Mi padre! Ah! señora, no le diga usted una sola palabra! En nombre del cielo!
CAROLI. Cómo!
ADELA. Usted no conoce la violencia de su carácter, jamás perdonaría esta injuria... Si llega á descubrir la verdad, todo se ha perdido, y obligará á Arturo á batiarse con él!
CAROLI. Qué oigo?
ADELA. Deje usted, por Dios, que yo le prepare á este rompimiento; yo sola arrostraré la responsabilidad de... no sé cómo, pero diré que... que me he engañado acerca de mis sentimientos; que ya no quiero contraer este enlace... sí, sí... yo sola sufriré su enojo y sus reconvenções.
ARTURO. Oh! Eso es imposible.
ADELA. Es preciso, caballero.
ARTURO. (*Con firmeza.*) No. Yo no tengo derecho para aceptar semejante sacrificio. Al culpable es únicamente á quien toca sufrir las consecuencias de su delito, y yo las sufriré, Adela. Es inútil toda otra reflexion. Mr. Cléry sabrá la verdad, y... en cuanto á su justa cólera, yo la soportaré como debo... Suceda lo que quiera, señorita, no tema usted nada por él.
CAROLI. Pero á pesar de eso...
ARTURO. (*Con amargura.*) Usted, señora, ha querido castigarme, llevar la desolacion á una familia!... Pronto se verá cumplido su objeto.
CAROLI. (Dios mio! Dios mio! Qué he hecho yo?)
ANDRES. (*Que observa en el fondo.*) Mr. Cléry!

ESCENA XII.

Dichos. CLERY.

- CLERY. (*Saliendo y dirigiéndose á Adela.*) Vengo de dejarlo todo listo, hija mia. Llenadas ya varias formalidades, solo resta que firmen ustedes el contrato y... como cosa terminada, acabo de recibir las felicitaciones de varios amigos á quienes me he encontrado al volver.
- ADELA. (*Que manifiesta una impaciencia dolorosa por lo que dice su padre.*) Padre mio...
- CLERY. Eh? (*Fija involuntariamente una mirada en Carolina.*) Ah! (*Viendo á Andrés.*) Perdone usted, Mr. Bernier, no habia reparado... (*A Carolina.*) Y esta señora... Sin duda usted me aguardaba...
- ANDRES. Sí. (*Algo indeciso y saludando.*) Con efecto.
- CLERY. Lo siento mucho. (*A Carolina.*) Tendrá usted la bondad de manifestarme en qué puedo serle útil?
- CAROLI. (*Muy turbada.*) Caballero...
- CLERY. Hable usted, señora; se lo ruego.
- CAROLI. He venido á... á...
- CLERY. Eh? Qué emocion! Señora, advierta usted...
- CAROLI. (*Cubriéndose el rostro.*) Dios mio! Dios mio!
- CLERY. (*Admirado.*) Cómo! Qué sucede... (*Mira á los demas.*) Todos ustedes se hallan turbados... Qué es esto? No hay quien me explique...
- ARTURO. Sí, Mr. Cléry, por mucho que me cueste, yo se lo diré todo.
- ADELA. (*Vivamente y precipitándose al lado de su padre.*) Ah! no, no, padre mio; no le escuche usted. Yo sola se lo explicaré luego... mas tarde...
- CLERY. (*Cada vez mas inquieto.*) Qué significa?... (*A Adela.*) Y tú has llorado! Calle! Ese ramo! Oh, acabemos! Qué ha sucedido aquí?

ESCENA XIII.

Dichos. FANNY.

- FANNY. Vamos! Esto es insoportable!
ARTURO. (Cielos!)
ANDRES. { Fanny!
CAROLI. {
CLERY. Cómo?
FANNY. Ah! Ustedes perdonen. (*A Carolina.*) Yo te creí sola, y por eso... Como me dijiste hace poco que Mr. Cléry era tu banquero, venía á rogarte que le hablastes por mí.
CLERY. Señora, Mr. Cléry soy yo.
FANNY. Ah! me alegro. Usted dispense. Se trata de un favor que sus dependientes de usted me rehusan y...
CLERY. Si usted se sirve explicarme...
FANNY. Y ya que no lo haga usted por mí, espero que le inclinará á usted á ello la recomendacion (*Señalando á Carolina.*) de mi amiga Mme. Carolina Allard.
CLERY. (*Vivamente.*) Carolina Allard.
ADELA. Oh!
CLERY. Es posible? Esta señora es...
FANNY. Cabal! A qué viene esa sorpresa?
CLERY. Y se atreve á presentarse en mi casa!
ANDRES. Cómo!
FANNY. Eh? Qué significa!...
CLERY. (*A Carolina.*) Desgraciada! Has olvidado mi prohibicion espresa...
CAROLI. Yo!... No comprendo!...
CLERY. No! Ah! tu corazon no te dice que estás en presencia de tu tío!
CAROLI. Cielos!
CLERY. De tu tío, á quien has obligado á cambiar de apellido!
CAROLI. (*Grito de horror.*) Ah!
CLERY. Sí. Yo soy... yo soy... y tú no lo ignorabas! Ahora me esplico el dolor y la turbacion que al entrar he notado en todos los semblantes!... Merced á tu osadía, Arturo sabrá ya el pesar que has causado á

nuestra familia! Qué! vienes por ventura á desafiar mis enojos?

CAROLI. (*Retrocediendo.*) No! No!

CLERY. (*Con creciente cólera.*) A comprometer quizá el porvenir de mi inocente hija!

CAROLI. (*De rodillas.*) Ah, perdon!

CLERY. Jamás!

ADELA. (*Abrazándole.*) Padre mio!

CLERY. Jamás! (*Adelantándose hácia Carolina.*) Ahora mismo...

ANDRES. (*Deteniéndole.*) Alto ahí, caballero.

CLERY. Cómo!

ANDRES. (*Levantando á Carolina.*) Por grande y merecida que sea una desgracia, Dios se apiada de quien la sufre!... No condene usted con sus iras la clemencia del cielo!

CLERY. (*Insistiendo en adelantarse.*) Y con qué derecho defien-
de usted...

ANDRES. (*Conteniéndole.*) Mr. Cléry! Ni un paso mas...

CLERY. Yo no puedo castigar á quien tan indignamente ultraja mi nombre?

ANDRES. No: porque ese nombre ya no es el suyo.

CLERY. Cómo! Pues cuál es el que lleva?

ANDRES. El mio, caballero.

CLERY. El de usted!

ARTURO. } Ah!

ADELA. } Ah!

FANNY. } Ah!

CAROLI. } Cielos!

ANDRES. (*Bajo á Carolina.*) (Silencio. Al decir esto solo pretendo salvaros.) Sí, Mr. Cléry, puesto que absolutamente es preciso que yo tenga un título para defenderla, sepa usted que esta jóven está bajo mi proteccion. Afortunadamente mi honor no es tan orgulloso como el de usted... Mi honor sabe compadecer... y perdonar!...

CAROLI. (*Abrazándole.*) Andrés!

CLERY. Está bien. Pero en ese caso... qué ha venido á hacer aquí esa señora? qué pretende?

ANDRES. Qué pretende? (*Mirando con intencion á Carolina.*) Pretende... que se... la perdone... quizás.

ARTURO. (Qué dice?)

ANDRES. (*Con intencion mirando á Carolina.*) Ella ha comprendido no me cabe duda, que un generoso sacrificio es un deber en ciertas almas, y que no se hallaba nunca la felicidad destruyendo la de los otros!

- CAROLI. (*Llevándose la mano al corazón.*) (Oh! no!)
- ANDRES. (*Mas alto.*) Ella sabe tambien que su presencia aqui no haria mas que aumentar la inquietud, traer á la memoria dolorosos recuerdos, y está persuadida de que despues de haber roto con lo pasado, su eterna ausencia puede solo asegurar á todos sosiego y felicidad.
- CAROLI. (Dios mio!)
- ANDRES. Asi pues, ella será generosa, ella sabrá llevar á cabo su noble sacrificio y... procurará vivir con el consuelo de que le queda un verdadero amigo!
(*Carolina ha estado muy agitada. En tanto que Andrés hablaba, su fisonomia ha espresado una lucha cruel entre su amor y el sacrificio que iba á imponerse. Por último este triunfa y Carolina estrecha la mano de Andrés.*)
- CAROLI. Oh! gracias, Andrés, gracias! Usted es mi ángel salvador!... Sí. Aunque me cueste la vida... yo sola seré quien sufra! yo sola! es necesario!
(*Derrama en torno suyo miradas vagas. Fija la vista en el ramo que Adela tiró al suelo. Lo coge y se lo presenta á la jóven.*)
- ARTURO. Qué veo!
- ADELA. Cielos!
- CAROLI. Sí, acéptelo usted. Sea usted dichosa y olvidemel
(*Llora. Andrés se acerca: ella esclama de pronto.*)
Adios! para siempre! (*Se va con Andrés.*)

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 24 de Marzo de 1851.

Aprobada y devuélvase.

Francisco de Hormaeche.

PUNTOS DE VENTA.

TOMANDO LA COLECCION COMPLETA **50** POR **100** DE REBAJA.

En Madrid en las librerías de Rios, calle de Carretas;
Cuesta, calle Mayor; Monier, Carrera de San Gerónimo,
y Publicidad, calle del Correo.

EN PROVINCIAS.

Adra	D. Francisco Barr. Medina.	Logroño	D. Domingo Ruiz.
Albacete	Nicolas Herrero y Pedron.	Loja	Juan Cano.
Alcalá	Felix Moreno.	Lorca	Francisco Delgado.
Alcoy	José Martí y Roig.	Lugo	Manuel Pujol y Masia.
Algeciras	Vicente Castaño y Monet.	Málaga	Francisco de Moya.
Alicante	Pedro Ibarra.	Manila	Felipe La-Corte.
Almadén	Felix Quiroga.	Manresa	Manuel Sala.
Almería	Sres. Vergara y compañía.	Murcia	Antonio Molina.
Antequera	Salvador Gonzalez Herrero.	Orense	Manuel Gomez Novoa.
Aranjuez	Gabriel Sainz.	Oviedo	Rafael C. Fernandez.
Avila	Manuel Benito.	Palencia	Gerónimo Camazon.
Avilés	Ignacio García.	Palma	Juan Guasp.
Badajoz	Sra. Viuda de Carrillo.	Pamplona	Teodoro de Ochoa.
Baeza	Manuel Alambra.	Plasencia	Isidro Pis.
Barcelona	Juan Oliveres.	Pontevedra	Juan Vereya y Varela.
Idem	José Piferrer y Depaus.	Priego	Gerónimo Caracuel.
Benavente	Pedro Fidalgo Blanco.	Puerto Santa María	José Valderrama.
Berja	Nicolas del Moral.	Requena	Benito Huerta.
Bilbao	Sres. Delmas é Hijo.	Reus	Juan Bautista Vidal.
Burgos	Sergio Villanueva.	Rivadeo	Marcos Fernandez Lopez.
Cáceres	José Valiente.	Ronda	Juan José Moreti.
Cádiz	Severiano Moraleda.	Salamanca	Telesforo Oliva.
Calatayud	Bernardino Azpeitia.	San Fernando	José Tellez de Meneses.
Carmona	José Moreno.	San Lucar	José María Espez.
Cartagena	Vicente Benedicto.	Sta. Cruz de Tenerife	Pedro M. Ramirez.
Castellón	Remigio Moles.	San Sebastian	Sres. Domercg y Sobrino.
Cervera		Santander	Clemente Maria Riesgo.
Chiclana	Manuel Alvarez Sibello.	Santiago	Sres. Sanchez y Rua.
Ciudad-Real	Antonio Mexía.	Segovia	Eugenio Alejandro.
Ciudad-Rodrigo	Salomé Perez.	Sevilla	Cárlos Santigosa.
Córdoba	Juan Manté.	Idem	Juan Antonio Fè.
Coruña	Juan José Sischká.	Soria	Francisco Perez Rieja.
Cuenca	Pedro Mariana.	Talavera	Angel Sanchez de Castro.
Écija	Ciriaco Jimenez.	Tarragona	Antonio Puigrubí y Canals.
Gerona	Narcisa Grasses.	Teruel	Antonio Lopez.
Granada	José María de Zamora.	Toledo	José Hernandez.
Guadalajara	Miguel Perez.	Toro	Alejandro Rodrig. Tejedor.
Guardamar	Sres. Garcia y Muñoz.	Trinidad de Cuba	Meliton Franc. de Revenga.
Habana	Antonio Charlain.	Tuy	Francisco Martinez Gonzalez.
Huelva	Ramon Rodriguez.	Valencia	Francisco Mateu y Garin.
Huesca	Sra. Viuda de Galindo.	Valladolid	José M. Lezcano y Roldan.
Igualada	Joaquin Yover y Serra.	Valls	Cayetano Badia.
Jaen	Sres. Sagrista y Compañía.	Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Jerez de la Frontera	José Bueno.	Vich	Ramon Tolosa.
Leon	Manuel Gonzalez Redondo.	Vitoria	Saturnino Ornilugue.
Lérida	José Sol.	Zamora	
Idem	Camilo Bolx.	Zaragoza	Pascual Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en
la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entresuelo, casa
de Astrarena.